

CRONICAS DE UN DESTINO

Huellas imborrables

edición bilingüe español-rumano

Sobre la autora

Gertrudis Ostfeld de Bendayan

Analista junguiana. Magister en Filosofía. Doctorado en Estudios Psicoanalíticos. Miembro de la IAAP - International Association for Analytical Psychology y de la AVPA - Asociación Venezolana de Psicología Analítica. Dedicada a la práctica privada y a la enseñanza.

Nacida en Venezuela, Trudy Ostfeld de Bendayan es hija de sobrevivientes del Holocausto.

Autora de libros:

- “Anima Mundi” (Pomaire. Caracas, 2004)
- “Ecce Mulier: Nietzsche and the Eternal Feminine” (Chiron, Illinois, 2007)
- “A través del espejo de cien lunas” (Pomaire, Caracas, 2011)
- “Tramas y urdimbres contemporáneas: ensayos sobre la Postmodernidad” (Editorial Académica Española, 2012)
- “Susurran los daimones: cuántica y consciencia” (Editorial Académica Española, 2019)

GERTRUDIS OSTFELD DE BENDAYAN

CRONICAS DE UN DESTINO

Huellas imborrables



EDITURA UNIVERSITARĂ
București, 2020

Agradecimientos

Agradezco profundamente a Elena Chirita quien, con sus agudas preguntas, me ha brindado la oportunidad de asomarme con una mirada fresca a los abismos de mi ser. Impulsada por su mística y perseverancia, Elena no solo ha logrado cristalizar el testimonio en una atractiva edición sino, además, lo ha traducido al rumano a fin de que con una edición bilingüe se amplíe el círculo de lectores.

Gertrudis Ostfeld de Bendayan

INDICE

Capítulo 1 DESTINO Y TRAUMA..... 11

Hija de sobrevivientes de la Shoá
Alma herida
La tercera generación
El encuentro con la hija de un nazi
La eterna pregunta: ¿será hijo o nieto de nazis?

Capítulo 2 TIERRA DE GRACIA 27

Retrato del Paraíso Terrenal
Socialismo o muerte. El poder y el delirio
La agonía del país. De la riqueza a la hambruna
Las horas postreras
God Bless America

Capítulo 3 LECCION DE VIDA 43

Sin cantos de sirena

Capítulo 4 El EXODO 47

Crisis migratoria. Xenofobia y violencia
La aculturación
El culto del "antihéroe"
¿Cuál es mi hogar? ¿Quiero regresar?

Capítulo 5 VIAJES MEMORABLES 59

Un laberinto viviente
En la tierra de los ancestros

Capítulo 6 LA LINEA DEL TIEMPO 65

Las Moiras o diosas del Destino
La búsqueda de identidad

Capítulo 7 RECUERDOS Y REFLEXIONES 77

Desvíos existenciales
El nacimiento de una psicoanalista
El siglo del psicoanálisis
El péndulo no oscila entre el bien y el mal

Capítulo 8 LA CLONACION SOCIAL 97

El colapso de la cultura moderna
El hombre “posmo”
Paradojas

Capítulo 9 AYER, HOY. ¿MAÑANA? 235

CRONICILE UNUI DESTIN. Urme de neșters..... 121

Capitolul I DESTIN ȘI TRAUMĂ..... 125

Fiică de supraviețuitori ai Holocaustului

Suflet rănit

A treia generație

Întâlnire cu fiinca unui nazist

Întrebarea eternă: Va fi copil sau nepot de nazist?

Capitolul II TIERRA DE GRACIA 141

Tabloul Paradisului Terestru

Socialism sau moarte. Puterea și delirul

Agonia țării. De la bogăție la foamete

Ultimele ore

Dumnezeu să binecuvânteze America

Capitolul III LECȚIE DE VIAȚĂ..... 159

Fără cântec de sirenă

Capitolul IV EXODUL 163

Criza migratorie. Xenofobie și violență

Socio-culturalizarea

Cultul „antieroului”

Care este casa mea? Vreau să mă întorc?

Capitolul V CĂLĂTORII MEMORABILE..... 175

Un labirint viu
Pe pământul strămoșilor

Capitolul VI LINIA TIMPULUI..... 181

Moiras, zeițele destinului
În căutarea identității

Capitolul VII AMINTIRI ȘI REFLECȚII..... 193

Provocări existențiale
Nașterea unei psihanaliste
Secolul psihanalizei
Pendulul nu se leagă între bine și rău

Capitolul VIII CLONAREA SOCIALĂ 213

Colapsul culturii moderne
Omul „posmo”
Paradoxuri

Capitolul IX IERI. AZI. MÂINE? 235

Capítulo 1

DESTINO Y TRAUMA



Hija de sobrevivientes de la Shoá

Elena Chiriță: Trudy, siendo hija de dos sobrevivientes de la Shoá, ¿recuerdas el momento en que te enteraste de que tu padre y madre eran sobrevivientes de la Shoá? ¿qué es lo que sentiste y entendiste en aquel entonces? ¿Cómo se vivía el recuerdo de la Shoá en tu casa?

Trudy Ostfeld de Bendayan: Por intenso que sea el esfuerzo empleado en tratar de recordar el momento específico en que adquirí consciencia plena de ser descendiente de sobrevivientes del Holocausto no lo logro precisar. Sin ánimo de pecar de exageración, pudiera llegar a señalar que ese instante podría haber estado inscrito en mi psique desde muy temprana infancia pues, este oscuro capítulo de la humanidad adquirió un carácter omnipresente durante toda mi existencia.

Comenzó de una forma que podría tildar de soslayo: a través de los pequeños actos testimoniados en mi vida cotidiana tales como observar a mi abuela escondiendo numerosas latas de comida en el fondo de su armario a su regreso del supermercado.

También al vivenciar los gritos proferidos por mí madre, durante las avanzadas horas de la noche, productos de sus recurrentes pesadillas persecutorias y que angustiosamente interrumpían mi apacible sueño.

Gertrudis Ostfeld de Bendayan

Cabe destacar que tales pesadillas la han acompañado hasta el presente. Siempre resultan ser variaciones sobre el mismo tema: la indefensión frente algún horror de carácter persecutorio. La respuesta de la familia ante mis interrogantes infantiles era invariable: “*es por la guerra*”. A tan temprana edad, la “guerra” no era más que un término abstracto para mí. De adulta comprendí que algunos de los miembros de mi familia padecían de lo que se conoce en la clínica psicológica como un trastorno de stress postraumático.

Mientras las noches eran azarosas, en la vida de vigilia, mi madre solía evocar los recuerdos de la infancia anterior a su deportación a los campos de concentración siendo una niña. A nosotros, sus hijos, nos transmitía la imagen de una niñez preñada de afecto por parte de sus padres, abuelos y tíos. Poesía y música parecían ser el alimento provisto por parte de su línea materna en particular. Mi padre, en cambio, asumió una actitud muy diferente. Con mi entrada a la adolescencia las narraciones de las atrocidades experimentadas en el pasado se transformaron en explícitas y continuas. Tal como lo indica el título de su libro autobiográfico, mi padre reeditó “sin tregua” el tormentoso pasado. Tal actitud se acentuó particularmente durante la última década de su existencia. A semejanza de una moderna Antígona, yo lo acompañaba a las numerosas presentaciones de sus testimonios ofrecidos en diversos centros de enseñanza tanto del país como en el extranjero. Su mayor temor era el olvido o el negacionismo del Holocausto. Siempre me decía: “*Somos los últimos testigos. Lo que fueron mayores que yo en aquel entonces están ahora seniles o han fallecido y los más pequeños no pudieron comprender el horror experimentado. Si la humanidad olvida, se repetirá.*”

Crónicas de un destino. Huellas imborrables

Desde mi perspectiva, cada vez que revivía sus memorias, mi padre sufría de lo que podría catalogar como una retraumatización. Le sucedían días de sufrimiento emocional y somatizaciones. Con todo, ese fue el motor que lo sostuvo de forma activa hasta su fallecimiento acaecido a una avanzada edad.

Si bien yo estudiaba desde kínder en el colegio hebreo Moral y Luces 'Herzl-Bialik' y, a pesar de que muchos de mis compañeros era también hijos de sobrevivientes del Holocausto, el aciago tema nunca era tratado entre nosotros en aquellos tiempos pueriles. Quizás podría deberse al hecho que para numerosas familias las nefastas vivencias se constituyeron en tabú en sus hogares. Posiblemente deseaban preservar la inocencia de sus hijos nacidos, como yo, en las soleadas tierras del amansado trópico o pueda, así mismo, que hayan decidido enterrar esas memorias en los profundos abismos de su interioridad.

No sabría adjetivar ninguna de las dos actitudes -silenciar o hablar-, ni me siento con derecho a hacerlo. Cada sobreviviente halló la manera -o la no-manera- de lidiar con sus memorias y heridas.

No obstante, durante el transcurso de nuestros años escolares, se celebró indefectiblemente un acto conmemorativo en memoria de las víctimas de la Shoá. Poseyendo en aquel entonces una buena voz, fui asignada, durante el bachillerato, para cantar una canción en Yiddish --lengua hablada por los judíos askenazis- en el marco del luctuoso encuentro.

Gertrudis Ostfeld de Bendayan

Las líneas iniciales de la desgarradora melodía permanecen grabadas de forma indeleble en mi memoria:

*S'brent! briderlekh s'brent!
Oy, undzer orem shtetl nebekh brent!*

*¡Arde, hermano, arde
Nuestra empobrecida aldea arde lastimosamente!*

Elena Chiriță: ¿Qué es lo que más recuerdas al respecto, algo que te haya quedado grabado en especial?

Trudy Ostfeld de Bendayan: Podría afirmar que tanto mi infancia como mi adolescencia temprana transcurrieron en una especie de burbuja protectora. La gran mayoría de los inmigrantes judíos, quienes arribaron después de la Segunda Guerra Mundial, se asentaron en la misma urbanización en Caracas: San Bernardino, donde también se encontraba ubicado nuestro colegio. Exceptuado a los excelsos profesores, quienes nos impartían materias seculares, personalmente yo no había conocido nadie fuera de mi fe religiosa hasta bien entrada en mi adolescencia.

Esta especie de gueto en la que vivía fungía a modo de un sistema cerrado y autocontenido: nuestras necesidades estaban totalmente cubiertas en esta hermosa y frondosa urbanización situada a las faldas de la majestuosa formación rocosa conocida como Parque nacional El Ávila, actualmente rebautizado con el nombre de Waraira Repano. Nosotros podíamos desplazarnos a pie ya sea hasta el colegio, a la casa de nuestros familiares y amigos, a la sinagoga, al supermercado, cine etc.

Crónicas de un destino. Huellas imborrables

Prácticamente no teníamos contacto con el “afuera.” No hubo oportunidad para aculturación alguna. Por tal razón, no me causaba asombro, por ejemplo, escuchar a mi madre o abuela entablando conversaciones en Yiddish con las diversas personas que se topaban en su diario vivir en lugares públicos tales como farmacias, pastelerías o fruterías. En mi casa, no se hablaba español, sino alemán. No conocía la cocina criolla; nos alimentaban tal como lo habían hecho en Czernowitz, actualmente Chernivtsi.

La psique de mi abuela, quien se afanaba tras los fogones, parecía haberse quedado anclada en su ciudad natal. De tal manera, y haciendo caso omiso del eterno verano propio del trópico, nos robustecía con pan untado con mantequilla y tuétano. Enriquecía nuestro café matutino con un exceso de azúcar y yema de huevos y los guisos de granos con carnes ahumadas eran platillos frecuentes en nuestro hogar. Parecía prepararnos calóricamente para soportar los cruentos inviernos solo presentes en su memoria. Todo ello contribuyó a que, en primera instancia, no tuviese conciencia de lo que hoy podría calificar de alteridad. Sucedió más tardíamente cuando comencé a percatarme de las diferencias entre nosotros y mis coterráneos. Podría especular que quizás el primer encuentro con “ese otro diferente de mi” del que tengo memoria es cuando conocí a Frank, quien sería después mi esposo. Yo tenía para entonces 16 años y él, 20. Nos conocimos en un club social playero ubicado en el litoral central y el cual era frecuentado por un número significativo de miembros de la colectividad judía. Frank era un judío sefardita cuyas raíces más ancestrales se ubican entre Tánger y Tetuán.

Gertrudis Ostfeld de Bendayan

Sin embargo, mientras yo formaba parte de la primera generación nacida en Venezuela, él lo era de la tercera. Por ende, no solo existían notorias diferencias culturales, sino, además, también estas eran debidas por el hecho de que su familia tuvo la fortuna de no haber sufrido persecuciones por generaciones. Pude en ese momento constatar tanto en su persona como en su familia, un fresco aire de liviandad que nunca había percibido en mi casa.

Las conversaciones entre los miembros del grupo familiar eran fluidas, casuales y espontáneas. El diálogo era el modo de comunicación prevalente. Una experiencia totalmente opuesta a la experimentada en mi hogar donde todo parecía estar teñido de una severidad saturnina. Podría justificar tales diferencias aludiendo a dos formas de crianza radicalmente opuestas, siendo la europea más introvertida y rígida, mientras la latina está caracterizada por ser más extrovertida y flexible.

No obstante, había algo más además de lo obvio: en mi casa se respiraba una atmosfera densa... pesada. Pese a las risas que compartía con mis hermanos y de la entrega amorosa por parte de mis abuelos, no podría describir mi vida familiar como "feliz". Todo poseía como un aire de "gravedad": desde los juegos hasta los estudios. Pareciera que mis padres se habían traído algo más allá de lo aparente entre su equipaje: a sus muertos y a los nazis que los seguían acosando, particularmente en sus horas trasnochadas. Una verdad que se me hacía cada vez más patente a medida Frank me introducía en mundo que, hasta entonces, me era completamente desconocido.

Crónicas de un destino. Huellas imborrables

No solo pude degustar en su casa, por primera vez los deliciosos platillos típicamente venezolanos sino, además, tuve oportunidad de compartir con mucha gente ajena a mi entorno religioso y social para la cual el Holocausto resultaba ser un tema poco conocido.

Podría aseverar que con la entrada de a mi vida Frank, es que comencé a percibirme como venezolana. Con el transcurrir del tiempo, mis padres también abandonaron su actitud de endogamia y se abrieron a ese mundo amable y generoso propio del espíritu del venezolano.

Alma herida

Elena Chiriță: ¿Cómo resumirías tú el significado de ser hija de dos sobrevivientes de la Shoá?

Trudy Ostfeld de Bendayan: El hecho de ser hija de sobrevivientes marcó toda mi existencia, configuró mi *Weltanschauung*. Una realidad cuyo amplio alcance sólo pude llegar a comprender a través de los *insights* ganados como resultado de continuas reflexiones en las diferentes etapas existenciales. A pesar de la apertura y el cálido recibimiento por parte de numerosos venezolanos extraordinarios, ya mi alma había quedado marcada por la impronta del Holocausto.

A semejanza de la mítica Core/Perséfone, había sido raptada por Hades, el que rige el sombrío ámbito de la muerte. No por ello, me transfiguré en una ser pesimista, derrotista o depresivo, pero cierto tufo de melancolía se asentó de forma definitiva en mis entrañas.

Gertrudis Ostfeld de Bendayan

Perdí la inocencia, poseía la certeza de que el Mal existía. Melancolía que se profundizó con el temprano deceso de mi amado hermano Luis -once meses menor- quien libró, durante largo tiempo, encarecidas batallas contra el cáncer que lo iba consumiendo. Perdió la última batalla a los 29 años.

Retomando el hilo, por mi parte deseaba proteger a mis hijos de la confrontación con el horror experimentado por sus abuelos; un esfuerzo con resultados infructuosos. Prácticamente en cada encuentro familiar, mi padre narraba con todo detalle sus vivencias durante su estancia en el mundo subhumano. De tal manera, siempre que nos reuníamos a celebrar la festividad de la pascua judía, por ejemplo, en lugar de recrear a través de la narrativa la salida de los judíos de Egipto, mi padre estimó que resultaba ser más relevante y, tenía más sentido, repetir su propia historia de esclavitud y liberación.

Así mismo, durante nuestras anuales vacaciones familiares invernales en medio de los blanquecinos y bucólicos parajes de Vermont, las aterradoras memorias competían con el apacible murmullo del crepitar del fuego de la chimenea. Debido a ello, la presencia atemorizadora de los nazis se fue posesionando también del material onírico de mis hijos.

La tercera generación

Con el paso del tiempo surgió en escena la tercera generación- mis nietas. Me hice el firme propósito de postergarles el conocimiento de este infausto saber.